



Aliso

revista

N° 11 | AGOSTO 2019



Escriben en este número de Aliso Revista: Miguel Carlos González, Gorelia Bernad, Diana Guerscovich, Gastón Fleita Moreyra, Rosa Soto, Gisela Rondan y Mara Rodríguez

Aliso Revista es una idea de Pablo Felizia y César Heinitz, realizada con el apoyo de Nicolás Tavella y Lucía Puntín. Una propuesta de **Ana Editorial**, llevada adelante por **Aliso Imprenta**.

 **Ana Editorial**

EDI TO RIAL

Un libro nuevo de **Ana Editorial** está en la calle: **Voces persistentes de Miguel Carlos González**: Una obra poética cuidada, un libro con acuarelas reproducidas a color, obras del autor, que elevan y embellecen el trabajo. En este número de **Aliso Revista** utilizamos una de esas obras para ilustrar la tapa y dos de sus poesías dan inicio a este número. Es un libro que no solo vale la pena, emociona desde las primeras páginas.

También está presente una breve historia de SEGuay, una de las organizaciones de escritores más importantes de Entre Ríos; en este número escriben autores de Gualeguay miembros de esta Sociedad.

Gisela Rondan nos ofreció dos poesías de su autoría y también reproducimos el primer cuento de *Lo que comen los erizos* de Mara Rodríguez, libro recién publicado por La Ventana Ediciones.

Sobre el final, damos cuenta del crecimiento de **Ana Editorial** en la provincia y la presencia de nuestros libros en las principales librerías y ferias entrerrianas.

A pesar de la grave situación económica, vamos once números de **Aliso Revista** de manera ininterrumpida y seguiremos por este camino.



VICEGOBERNACIÓN
ENTRE RÍOS

VOCES PERSISTENTES

Vigilia y Memento son dos poesías que pertenecen al libro **Voces persistentes de Miguel Carlos González**, el último libro de **Ana Editorial**.



Vigilia

Voy a quedarme en vela, mas no quiero
consumir estas horas hasta el alba
para jugar un truco interminable
de pura charla, risa y macaneo.

Si no duermo esta noche, la vigilia
guardará prisionera en su silencio
la tensa expectativa de la rosa
cercada por el vuelo.

Tal vez cierre los ojos. Si lo hiciese
será porque he empezado a desandarme
como empujando hacia la primavera
las rumorosas hojas del otoño.



Los senderos, tras años de abandono,
estarán resbalosos de mentiras,
pero me dotaré con la pureza
incontrastable de los pies descalzos,
entraré al arroyito de la infancia
donde viven los peces de los sueños
y haciendo cuenco de las manos juntas
beberé su frescura lentamente
sintiendo que los ojos recuperan
su gracia inquisidora
en la inocente claridad del agua.

Memento

Te diste cuenta un día
que el tiempo de partir ya estaba cerca.
No lo admitimos cuando lo dijiste.
En el intento de negar certezas, comentamos
que aunque todos un día nos iremos
nadie sabe ni el día ni la hora
¿por qué pensar en eso?
Te quedaste en silencio
Y creo que aceptaste las verdades a medias
con las que disfrazamos nuestro miedo
porque nos entendiste los deseos:
que te sintieras viva, acompañada,
con el cariño como una mantita
cubriéndote la espalda.

Nos empeñamos para que nos vieses
contentos y tranquilos
e inventamos pretextos
para no explicar el cambio que traería
aplicarte los últimos sedantes.
Después de ese momento
ya no hubo palabras compartidas
y sólo nos quedaron las horas de la espera
hasta que el sufrimiento
se apartara de vos definitivamente
y por fin sin dolor que te perturbe
iniciaras el viaje hacia el misterio.

EN LAS LIBRERÍAS

Desaparición y muerte en bicicletas rojas ya se puede conseguir en la Librería Ateneo y en Librarte del shopping La Paz de Paraná.



ACERCA DEL AUTOR

Pablo Gabriel Felizia es licenciado en Comunicación Social y fue periodista durante siete años en Diario UNO de Entre Ríos. Cuatro cuentos de su autoría fueron publicados en ese medio a modo de folletín con entregas semanales y dibujos propios.

Su primer libro es Crónicas Patrias. Es editor en Ana Editorial y para **Desaparición y muerte en bicicletas rojas** recibió una beca del Fondo Nacional de las Artes.



www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

CULTIVAR LAS LETRAS ENTODASUS FORMAS

Breve reseña de S.E.Guay



Foto Histórica, tomada el mismo día de la fundación 22 de abril de 1977

La Sociedad de Escritores de Gualeguay (SEGuay – DIPJER 11253), fue fundada el 22 de abril de 1977 en los salones que para tal fin, cedió la Sociedad de Fomento Educacional “Dr. Antonio Medina”. La convocatoria fue realizada por Albertina Quintana de Olaberry, Eise Osman, Elsa Serur de Osman, Roberto Beracochea, Alcira Irene González de Carboni “Tuky”, Juan María Gianello, Rosendo Taborda, Olga Gayotte de Massoni, Ema Barrandeguy, Teresita Cardeza de Valiero, Humberto Vico, entre otros; cuya motivación principal, era fundar una institución que represente a todos los escritores de

la ciudad de Gualeguay y General Galarza, y cultive en todas sus formas a las letras.

En 1983, fallece el prestigioso librero Don Ernesto Hartkopf, quizás, la persona más dedicada a la difusión cultural de Gualeguay por más de 40 años. Sin tener descendencia, decide donar su propiedad de calle Roca 24 a la Sociedad de Escritores de Gualeguay, donde desde entonces, SEGuay constituye su sede social denominada “El Rincón Kopf”, nombre que le diera en reconocimiento a su benefactor, y que fuera el de la librería de Hartkopf.

Tras un largo proceso de reorganización institucional, SEGuay ha retomado sus funciones con mucha actividad y una importante apertura a nuevos escritores, que son el futuro de la institución: los jóvenes. En marzo de este año, asumió la nueva comisión directiva que quedó conformada de la siguiente manera:

Presidente: Elsa Serur de Osman

Vicepresidente: Alcira González de Carboni “Tuky”

Secretaria: Ruth Estapé

Prosecretaria: María Rosa Bonggio

Tesorero: Gaston Fleita Moreyra

Protesorera: María Florencia Ramírez Cobre

Vocales Titulares:

- 1) Norma Arnaudín de Cobre
- 2) Rosa Soto
- 3) Diana Guerscovich

Suplentes:

- 1) Nora Cosso
- 2) Adriana González
- 3) Juan Ferreyra

Revisores de Cuenta Titulares:

- 1) Julio Saldaña
- 2) Severo Escobar

Suplentes:

- 1) Iris Pena
- 2) Norman Robson

NEGRURA

de Gorelia Bernad

Camino, trote, corro, llego tarde a trabajar. Camino con pasos cortos, apretados por la pollera de tubo, diminutos, con los tacos balanceándose entre las canaletas de la vereda húmeda por el rocío, mientras abrazo las carpetas de la escuela. A mi espalda, la mochila, pesada de libros que no leí, lecciones que no aprendí y la preocupación de no haber estudiado para el examen. Ahora ya es tarde, no hay tiempo. O es temprano, el sol todavía no sale. ¿Ya perdí mi oportunidad?

La vida pasa, los momentos se van y los instantes se pierden. Los días caminan, trotan, corren y no miran atrás. No ven la negrura que me sigue, pero la siento, persiguiéndome, y con mis pasitos cortos, apretados, quiero escapar, pero no puedo. Me desespero, tengo miedo, y entre la negrura que me sigue, sin mirar para atrás, siento un punto blanco que nace y se aproxima, camina, trote, corre. La figura de Jengi me alcanza, con su paso torcido, peludo y suave, la lengua al viento.

Tengo miedo a la negrura que me sigue, pero mis pasos no son ya lentos, no hay más pollera de tubo ni tacos balanceándose entre las canaletas de la vereda, se cambiaron por yoguinetas y zapatillas, con las que golpeo el asfalto, y el golpe resuena. En la



....te gusta
pintar y
dibujar?

Mario Milocco te invita.. venite a MadreSelva taller de arte
Los miércoles por la mañana o jueves por la tarde.

José E. Rodó 663 y Casacuberta, zona Paracao / 343 50 80 611 / 437 45 35



calle solitaria hace eco entre las casas oscuras, de puertas cerradas, donde la gente duerme o se esconde de la negrura que me persigue, de las figuras que acechan. Suenan. No hacen que la soledad sea menos solitaria y tampoco la hacen menos aterradora.

El terror hace encrespar el pelo de Jengi, que crece y gruñe con cada tranco que yo acompaño, aunque ya ni camino ni troto, sino corro, pero no avanzo, no llego a ningún lado, no alcanzo las casas oscuras, no toco las puertas cerradas. Mi voz, atrapada en la garganta, no sale, no suena en la calle, que ya no es solitaria, no rebota como eco entre las casas oscuras, no despierta a la gente que duerme o se esconde para no ayudarme a escapar de las figuras acechantes en la negrura.

Aunque corra como perseguida por el diablo, él se acerca, me alcanza, envolviéndose en mí con sus brazos desnudos, mientras las figuras extienden sus dedos negros por mi cuerpo, y reptan. Voces húmedas repiten palabras lascivas en un idioma susurrante que no entiendo, pero me da mucho miedo, no hacen eco ni despiertan más que el asco y las ganas de correr, pero no puedo, porque estoy envuelta de negrura, de brazos desnudos, de dedos negros que se deslizan por mi cuerpo, que reptan, mientras aprieto las piernas, con fuerza, por miedo y no solo porque tengo otra vez la pollera de tubo puesta.

Jengi les hace frente, se agiganta, gruñe y ladra, y su ladrido sí se escucha, el eco retumba entre las casas oscuras, despierta a la gente que duerme, alerta al que se esconde. Escucho también su ladrido, que hace eco en mi cabeza, entre pensamientos oscuros, entre ideas que duermen, y ahí lo entiendo, mientras la negrura se disipa, los brazos desnudos me sueltan, los dedos negros arañan el borde de mi conciencia, despierto, y me acuerdo de que anoche, me olvidé la puerta abierta.



TRUNCOCAMINO

de Diana Guerscovich

De marcha crónica
hacia el deseo de quién sabe qué.

Los sonidos duermen
la respuesta perdida.

A la vista del rollo de historia
velada por un sol en eclipse parcial,
otro cuerpo cae bajo
un pecho de algodón sin mullir,
más lleno de vidrio molido
más vacío de voluntad,
efecto del recalcitrante antifaz:
es otro puñal dejado al pasar.



Diseño gráfico y sublimación

Objetos personalizados: tazas plásticas y cerámicas, jarras, lapiceros, almohadones, set de jardín, rompecabezas, diseño de tarjetas para cumpleaños y todo tipo de eventos, adhesivos y mucho más!

Encontranos en facebook: Ideas en Remolino
correo electrónico: ideasenremolino@gmail.com



ALAMEDA

de Gastón Fleita Moreyra

Esa calle tan amada de mi infancia
perfumada por sus árboles en flor,
la recuerdo junto al beso y la fragancia
de esas hojas que un otoño se llevó.

La recuerdo cuando niño caminaba
hacia el parque la ternura de mi ayer,
y hoy encuentro sus ramas despojadas
sin el néctar dulce de la miel.

Alameda tierna que por ti llora
este niño a quien viste nacer,
ya no cantan por ti las calandrias
ni se escucha a ese niño correr.



El Bache Gramático
En agosto, promoción / 2 x 1
Llevás un invitado y pagás la mitad!

coordinador: Horacio Lapunzina
WhatsApp / 3434634895/

Taller de Redacción Creativa
Martes de 18 a 20 / Casal de Catalunya
(holapunzina@hotmail.com)

Nogoyá 123 / Paraná / Entre Ríos

Taller de Redacción creativo que funciona en Paraná desde 2011.
Nos acercamos a textos de diversos autores, para luego buscar la
propia voz narrativa.

ESTACIÓN INFANCIA

de Rosa Soto

De tierra y silencio
está hecha mi infancia.

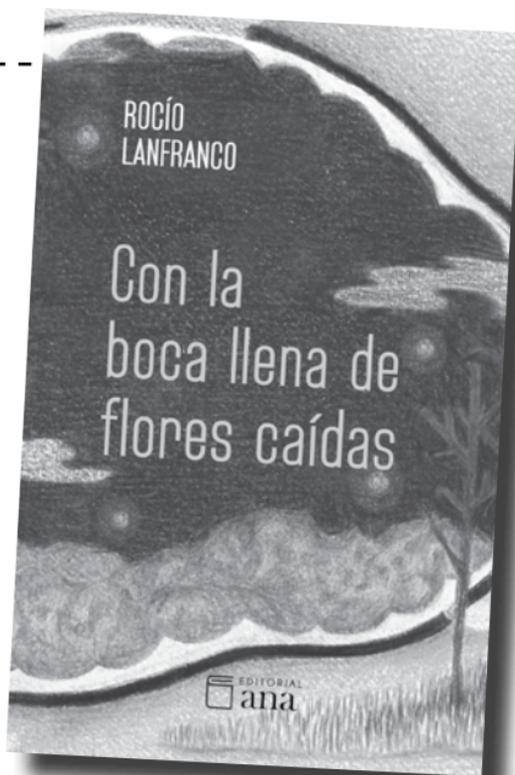
Con las manos pequeñas
arrancaba los yuyos,
amasaba los surcos,
plantaba semillas,
las regaba después.
Con los pies temblorosos
arreaba el ganado
encendía la estufa
buscaba leña.

Después crecí:
las manos y pies dedicados
por completo
a la palabra.



Mosaénicas
Criaturas de Papel

Venta de
libros usados y
encuadernaciones
artísticas sobre
ediciones antiguas



Una vez, viviendo en las sierras, el incendio se comió casi todo el verde. Entre los pastos negros apareció una corzuela (un bichito parecido al guazuncho nuestro). Las flores que cayeron al reverdecer los árboles fueron el bocado más tierno, la certeza de que después del frío viene ineludiblemente lo tibio.

El libro está compuesto por 48 textos que fueron escritos durante los últimos dos años, algunos de ellos como Niña y Oso, Bicho del agua o Los perros obtuvieron reconocimientos en diferentes certámenes literarios de la región.

ACERCA DE LA AUTORA

Rocío Lanfranco ha participado de numerosos talleres, intervenciones e iniciativas vinculadas a la literatura.

También ha obtenido premios en slams de poesías y en concursos de la región (Tercer puesto en el Salón de Poema Ilustrado de la Municipalidad de Paraná, Primer Premio en el Concurso Provincial de Poesía Juan L. Ortiz, entre otros).

Es integrante del Proyecto Mojarra, ha estado al frente de talleres con estudiantes de escuelas de Paraná y ciudades cercanas, y es hoy coordina el taller Toda persona es una poeta.



www.anaeditorial.com
 pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
 nicolastavella@anaeditorial.com

POEMAS

de Gisela Rondan

Des-velos

Evocar en lo íntimo de las letras
algo que nos sostenga
por amor o porfía a pesar
de los golpes cotidianos.
Regresar, mirar más de cerca
y saber que nada se posee...
¿Deja lo efímero
translucir la belleza?

Manos frías

La indiferencia requiebra
unas manos mendigas
que no pueden más que pedir
un poco de sobra entre
tanta ciega hipocresía.
Porque la pobreza no sabe contar
billetes ni fichas,
sólo un tendal de inviernos,
y el miedo de dejar caer
esa lágrima que queme
el helado rostro
de una esperanza perdida.



CHIVATOS

Es un cuento que pertenece al libro **Lo que comen los erizos de Mara Rodríguez**. Es una publicación de **La Ventana Ediciones**, sello al que le agradecemos por permitirnos publicar este cuento en nuestra revista. Los interesados en el libro pueden comunicarse al Facebook de La Ventana Ediciones

Ernesto Vargas tenía cuarenta y tres años, la misma edad de Julia, cuando se ahorcó con el cable de la planchita del pelo. Lo encontró Dora, su mamá, atado al respaldar de la cama, en la pieza de cuando era chico. Dicen que, antes de desatarlo, lo meció entre los brazos y lo higienizó. A veces los muertos se cagan encima para irse más livianitos hacia el más allá. Le puso la ropa de azafato, lo acostó y recién entonces llamó al servicio de emergencias. Después se sentó en el borde de la cama y esperó la ambulancia que sacaría a su hijo cubierto por una sábana blanca, a través de un pasillo de vecinos.

Cuando Julia se enteró de la muerte de Ernestito, llevaba casi diez años sin ir a Formosa y la misma cantidad de tiempo sin verlo. Fue su mamá la que la puso al tanto de la muerte de su amigo de la infancia. Le mandó un mensaje de whatsapp extenso en el que no omitía detalles sobre el color pálido de la cara de Dora, el modo zombi en el que acompañó el cuerpo hasta la ambulancia y el comentario, entre los vecinos, sobre las cuestiones amorosas que incluían un novio piloto, que tenía mujer, hijos, casa y perro.

Pero el llamado no era por la muerte en sí.

“Ernestito te dejó una carta. Dorita dice que está en un sobre que tiene tu nombre, que solamente vos lo podés abrir, que así



lo dejó escrito. Me preguntó que si vas a venir, pero no supe que contestarle. Le dije que a veces no respondés mis mensajes, que a lo mejor los lees dos días después y el chico está bajo tierra. Le dije que me dejara el sobre, que yo te lo mandaba. Pero no quiso, a lo mejor cree que lo voy a abrir, que me va poder la curiosidad, aunque sabe que no soy de esas personas. Me dijo que prefiere dártelo en la mano, cuando vengas, si es que venís. Si la vieras, está destruida, es una ropa que se arrastra. Contestame Julia, por favor, estoy muy angustiada, este es el segundo mensajito que te mando. Por lo menos ponele las dos rayitas azules para saber que los leíste”.

De los audios de su mamá, el tono de voz de maestra para comunicar las malas noticias era lo que más le molestaba. Le seguía la extensión. Si eran de más de un minuto, Julia los borraba sin escucharlos. Su mamá a veces hacía extrañas triangulaciones para establecer contacto o darlos por leídos. Un día el farmacéutico de la otra cuadra le había tocado el timbre para avisarle que su mamá la había llamado porque temía que le hubiera sucedido algo.

Julia escuchó el mensaje sentada frente al tablero de dibujo. En la mesa había hojas sueltas, pinceles, acuarelas, tinta china, unas latas de cervezas vacías y una botella de agua. Dejó el celular y tomó el plumín. Hizo dos trazos. Mientras retrocedía la mano, tiró de un codazo la tinta china sobre una de las ilustraciones casi terminadas. Una mancha negra tapó lo que antes era un bosque. El líquido permaneció suspendido sobre el papel como lo hacen las aguas grises sobre el pasto. Puteó a su madre por los audios y a Ernesto por morir justo cuando ella estaba tapada de trabajo, cuando la editorial no dejaba de mandarle un mail tras otro, cuando le reclamaban las ilustraciones para los cuentos. Entonces se dijo a sí misma que esa carta no era para ella, que en vez de Julia debía decir Julio, algún otro amigo, amante, que a lo mejor Ernesto estaba drogado cuando la escribió, pero eso no le podía decir a Dora.

Buscó la computadora y la apoyó en el medio del tablero. Entró a facebook. En las redes sociales Julia tenía pocos amigos y no lo ocultaba. Su vida era tan escasa y precaria de manera virtual como real. No aparecía etiquetada en las fotos de otros y a pocas personas les interesaban sus publicaciones. Los deditos para arriba, corazones y demás emoticones se los llevaban ilustraciones o invitaciones a eventos que compartía pero a los que no iba.

Entre sus amigos virtuales estaba Ernesto Vargas, aunque nunca intercambiaban mensajes. Entró a su muro. De perfil usaba una foto de su rostro cubierto por una flor de chivato. Rostro de chivato. En el lugar de los ojos había dos pétalos rojos con manchas amarillas y los pistilos le salían de la boca. Nunca había visto una flor de chivato tan grande. Fue hacia la última publicación. Era poco reveladora. Sin ser experta en suicidas, le pareció que un perro perdido, en busca de su dueño, no aportaba gran cosa. Sin embargo, las imágenes de meses anteriores abonaban la teoría de la depresión por el piloto. Ernesto se mostraba en sunga, en una playa de Acapulco. Parecía más delgado de lo que lo recordaba y muy bronceado. Tenía el pelo teñido de rubio y alisado, siempre había luchado con sus rulos. Sonreía a la cámara. A sus espaldas había otro hombre, también en sunga, pero al que no se le veía el rostro. Escribió: “Pleno”.

A Julia le sorprendió la capacidad expansiva de las malas noticias. A pocas horas de la muerte, amigos y conocidos se agolpaban en el muro de Ernesto Vargas. Lo recordaban con fotos de santos y frases como maravillosa persona, excelente compañero de trabajo, invaluable amigo, una pérdida difícil de soportar, te vamos a extrañar, Q.E.P.D. Dejó atrás a los amigos virtuales, las preguntas retóricas del por qué nos dejaste, y buscó en publicaciones más antiguas. Se detuvo en una de mayo, de su cumpleaños número cuarenta y tres. Ernesto abrazaba a su madre en el mismo living en donde Julia había tomado clases de piano. A un costado de la torta habían puesto un portarretratos con la foto de Don Vargas, el papá de Ernesto.

Los Vargas habían llegado de Rawson o Comodoro Rivadavia, nadie sabía bien. Cayeron a Formosa porque Dora tenía parientes que la podían ayudar con el nene más chico, Ernesto, que por esa época tenía unos cinco años. También había dos hijas mayores. Pero Julia sólo recordaba a la que era Testigo de Jehová. La otra casi no había vivido en el barrio. Se decía que se había enamorado de una compañera de trabajo y que se había vuelto de nuevo al sur.

La casa de Ernesto quedaba enfrente de la de Julia, las dos daban a la avenida Napoleón Uriburu, las dos eran de los planes de vivienda del IAPV para radicación de personas que venían de otras provincias, las dos tenían chivatos en la puerta. En los

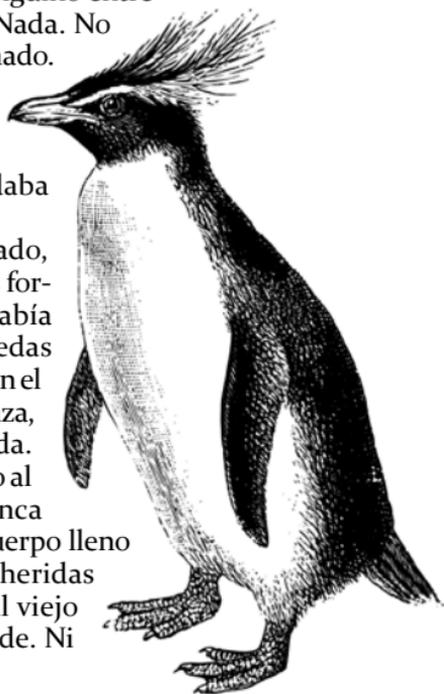


ochenta, Formosa era algo así como el lejano oeste, una especie de mina de oro para los profesionales recién graduados. Lugar de oportunidades para quienes superaran la invasión de mosquitos, el calor, la falta de agua, los cortes de luz y el tierral. Así llegaron los padres de Julia desde Entre Ríos, con sus títulos docentes debajo del brazo, y una nena en camino. De los padres de Ernesto no sabía gran cosa, solo que Dora era profesora de música y enseñaba piano. También hablaba muy bien inglés porque había trabajado en la estancia de un terrateniente extranjero que criaba ovejas. De la vida en el sur, los Vargas conservaban un pingüino embalsamado que estaba en el living, al costado del piano.

A los ocho años Julia tomó algunas clases con Dora, un poco obligada. Un día, le dijo a Dora que no quería ir más porque le daba miedo el pingüino. Dora le respondió que no había que tener miedo a los muertos sino a los vivos. Pero el animal, para Julia, no estaba ni vivo ni muerto. Los calores formoseños lo habían arruinado. Tenía una capa de tierra pegada a las pocas plumas y algún bicho le había perforado el cuerpo, parecía desangrarse en aserrín.

Julia buscó alguna imagen del pingüino entre las fotos del facebook de Ernesto. Nada. No había registro del animal embalsamado. Tampoco de la hermana mayor, la predicadora. Ninguno de los dos existía el mundo virtual, cosa que no le extrañó. Pero Julia los recordaba muy bien.

Al igual que al bicho embalsamado, a Don Vargas los tremendos calores formoseños lo habían deteriorado. Sabía que había quedado en sillas de ruedas después del nacimiento de Ernesto. En el barrio decían que alguien, por venganza, le había pegado un tiro en la espalda. Julia le tenía tanto asco al viejo como al pingüino. Lo saludaba de lejos, nunca con un beso. Don Vargas tenía el cuerpo lleno de llagas tapadas por vendas. Las heridas a veces largaban olor a podrido. Al viejo siempre lo atendía la hija más grande. Ni



la misma Dora lo cuidaba tanto como la testigo de Jehová. Ella lo bañaba, alimentaba y curaba.

La hermana mayor de Ernesto era una declarada devota de las polleras largas, las camisolas y la biblia debajo del brazo. Dedicaba los sábados a llevar la palabra de Dios a los vecinos. Tenía el tono de las enfermeras de los vacunatorios, cortante, directa, convencida de la tarea que estaba ejecutando. Ella decidía cuando el juego había terminado y a qué hora Ernestito debía volver a la casa. No valían suplicas, ni el pedido de un rato más. Cleotilde, así la llamaban entre los chicos, por un personaje del Chavo. Luego pasaron a decirle Cleo, después directamente Cle. Que no te vea Cle, que Cle no se entere, vamos a escondernos, cuidado que viene Cle.

Las cosas con Cle se complicaron cuando los padres de Julia compraron un tocadiscos. Lo sacaban todos los sábados a la mañana al patio. Julia y Ernesto tenían once años cuando descubrieron a Rafaela Carrá. Ernestito era delgado, el vientre hinchado como un chico del África, la nariz achatada de un boxeador, casi sin tabique. Cuando escuchó a Rafaela Carrá, las fosas nasales se le abrieron como si ya olfateara lo que vendría. Desde entonces, todos los sábados corría hacia la casa de Julia, con el mate cocido en la garganta. Traía siempre, escondido en la bermuda, una media fina de mujer. Y ni bien el disco de Rafaela comenzaba a girar, se la ponía en la cabeza. Cuando los rulos negros se le achataban, el cuerpo se le curvaba, y los talones duros flotaban sobre las baldosas como si fuera el escenario de la RAI. Julia lo miraba, casi nunca bailaba. Y como carecía de toda destreza, se dijo que lo suyo era el decorado y el vestuario.

Tenía una foto de esa época. Dejó la netbook en el tablero y fue hacia la biblioteca. Revisó una lata en donde guardaba cosas de la infancia. La abrió y encontró un sobre lleno de semillas de chivato y la foto. La puso cerca de la lámpara. La habían tomado en el patio de su casa, con una cámara Kodak automática. Le gustaban los marquitos blancos, los colores pasteles, hasta las caras fuera de foco. Los rojos no eran rojos sino naranjas, los verdes apagados como pasados por agua. Julia siempre salía mal, los ojos cerrados o en Babia, y esa tampoco era una excepción. Ernestito, sin embargo, estaba hermoso, la media en la cabeza, un pañuelo de seda de vestido, las manos en las caderas, un guiño de ojo sobreactuado, un gesto típico de Rafaela Carrá.

Los sábados de baile duraron hasta que Cle se puso firme y



le prohibió a su hermano hacer movimientos que invocaran al diablo. Entonces apareció el traje azul oscuro y la obligación de predicar los sábados. Y así fue sábado tras sábado hasta lo de don Vargas. Entonces Julia pensó que a lo mejor la carta hablaba de eso, de la muerte, del benadryl, de la internación, del silencio que los había distanciado a fuerza de cumplir una promesa.

Buscó un poco de whisky que escondía debajo del tablero. Se tomó unos tragos del pico. Mientras bebía, empezó a pasar las publicaciones de Ernesto. Algo debía anticipar la carta. Cuanto más atrás iba en el tiempo, más se empinaba la botella. Hasta que encontró un post, casi para la misma fecha, pero dos años más viejo. Ese día había publicado una foto del río Paraguay, calmo, espejado. Llevaba impreso un salmo sobre la culpa y el perdón, sobre la necesidad de decir lo que se había hecho a quien lo había visto todo. Pura mierda de la hermana, pensó Julia. Para qué confesar algo que Dios había visto y de lo que estaba al tanto. Un acto al que Julia no le encontraba sentido.

Eran las dos de la tarde y estaba borracha. Su mamá había mandado un par de mensajes más que había borrado sin es-cuchar. En uno de esos le decía que no se preocupara por lo de la carta, que Dora la había abierto y que era una foto de un pingüino, ocurrencias de Ernesto de algún viaje a Ushuaia. Pero Julia nunca se enteró.

Cerró la computadora, tomó un lápiz y una hoja. Le temblaba mano. Dibujó, como pudo, el rostro de Ernesto tapado por una flor de chivato. Alrededor de la cara gravitaban sus fantasmas. En la imagen no aparecía la hermana, que preparaba los folletos para salir a predicar, ni Dora porque colgaba ropa en el patio. Se dibujó a sí misma parada al lado de la silla de ruedas, en la cocina de la casa de Ernesto. No recordaba de qué hablaron, pero sí que el viejo empezó a chillar, como si quisiera llamar a la testigo de Jehová. Entonces, en un gran salto de baile, Ernesto se abalanzó sobre su padre. Después todo fue muy rápido. Le tapó la boca a Don Vargas, mientras le repetía que se callara. Pero el viejo gemía como si su voz viniera de adentro de un pozo, un



quejido desde las profundidades de un alma seca y resentida. Cuanto más hacía ese sonido, más le presionaba la boca. Y así un buen rato hasta que Don Vargas hizo un movimiento de brazos espasmódico, una especie de aleteo, y se quedó tumbado al costado de la silla. Julia dibujó la silla vacía. Después, como si Ernesto lo hubiera planificado desde antes, sacó un frasco de benadryl de la heladera, la tomó a Julia de la mano y salieron corriendo. Cruzaron dando saltos la calle de tierra. Llegaron transpirados, exaltados al patio donde estaba el tocadiscos. Bailaron abrazados, se rieron, lloraron. Se tomaron el benadryl y juraron no contarle a nadie, un secreto que se iban a llevar a la tumba. Julia se hizo pis encima y después cayó al suelo. Al despertar estaba en el hospital. El lavaje de estómago le había dejado un dolor fuerte en la garganta. No podía hablar, tampoco sus padres le pidieron explicaciones. Ernesto estaba en otra habitación. Pero no se vieron.

Ese mismo día el viejo entró en terapia intensiva y al poco tiempo murió. La mamá de Julia vendió el tocadiscos. La hermana mayor se mudó a una comunidad religiosa en Paraguay. Y Ernesto, para darle el gusto a Dorita, al terminar la primaria se inscribió en el Colegio Industrial. A veces Julia lo veía regresar de la escuela contento, moviendo la regla T como si fuera un bastón de baile. Seguro que el overol azul le gustaba porque era parecido a un traje de Abba, pero en otro color.

Para Julia la vida después del benadryl fue más complicada. A toda hora debía decir a dónde iba y con quien estaba. Pasó gran parte de la adolescencia borracha en la costanera, en los boliches, en la Avenida de Mayo, cosas que, en realidad, hacían la mayoría de los de su edad. Tuvo relaciones con muchos chicos en los asientos traseros de los autos, enfrente de su casa, sin que su mamá se enterara. Y descubrió el gusto por el dibujo en las servilletas de los bares. Hubiera querido dibujar todo eso, pero en ese momento estaba demasiado borracha. No había comido nada durante el día. Cerró la netbook. Vomitó en el baño. Se dio una ducha y se acostó.

Esa noche Julia soñó con el pingüino embalsamado. Le pareció que la miraba mientras dormía. Se despertó exaltada. Respiró y se convenció de que era una pesadilla. A la madrugada le vinieron ganas de vomitar. Se levantó y de camino al baño descubrió el aserrín.

LAS MUJERES DEL VERANO Y EL HEAVY METAL



El 1º de agosto, Ana María Martínez presentó Mujeres del Verano. La velada fue en la Biblioteca Popular del Paraná y se contó con la presencia y el canto de María Silva. La autora estuvo acompañada de amigos y familiares.



Y el viernes 9 de agosto, en AGMER Paraná, Cesar Luis Penna presentó Crónicas de un heavy metal, un libro que nació con Aliso Revista. A Pesar del frío, la lluvia y el paro de colectivos,

hubo lugar para la literatura y el heavy metal. El libro fue presentado por el autor; por Pablo Felizia de parte de la editorial; uno de los referentes del sindicalismo docente, Claudio Puntel, leyó uno de los relatos; y se contó con la música y el canto de Luis Yelpo de Ingrávita.



ANA EDITORIAL ENTODA ENTRE RÍOS

Desde **Ana Editorial** recorrimos las principales librerías de Entre Ríos. Fuimos con nuestros libros y los títulos de amigos que ya están en los principales puntos de ventas de la provincia.

En La Paz, nuestros libros se pueden conseguir en la librería *Libros para La Paz*; en Chajarí visitamos a *Ramón Benitti*, de *Ediciones Benitti* quien posee una de las librerías más lindas y más grandes de Entre Ríos; en Federación, nuestros libros se pueden conseguir en *Los Pitufos*; en Colón, en *Casa Bertoldi*; también estamos en *Casa Fornés* de Concordia, una de las librerías más grandes, y que además posee una imprenta que pudimos recorrer y conocer gracias a la buena predisposición de los dueños; en Concepción del Uruguay estamos en *Librería Congreso*; en Caseros en *Librería Rayuela*; en *Rayuela* de Gualeguaychú; en Gualeguay visitamos a la histórica *Papelucho*, la primera en publicar en su Facebook la noticia de haber recibido libros de autores entrerrianos; en Victoria hay que acercarse hasta *Casa Colman*, la más importante de la ciudad; y en Diamante nuestros libros



están en *Viplast* a quienes les agradecemos por la vidriera tan linda e importante que armaron con nuestros textos.

En Paraná, nuestros libros se pueden conseguir en *Librarte* del shopping, en *El Ateneo*, *Códice*, *Klákika* y *El Templo del Libro*. También estamos en *Santa Fe*, *El Trébol*, *Helvecia* y *Rosario*.

Además, estaremos presente en la Feria del Libro de San Jaime de la Frontera, en la Feria del libro de Paraná, en la Feria del libro de Concordia, de Chajari y de Federación. También continuaremos en la Feria Fluye de la capital provincial, un emprendimiento de un grupo de librerías, editoriales y escritores que crece cada mes.

PRESENTACIONES:

El 12, 13, 14 y 15 de septiembre será la Feria del Libro de Paraná. Después de varias idas y vueltas y algunos cambios, finalmente todo hace suponer que la misma se realizará en la Plaza 1º de Mayo, lugar en donde estaremos con dos stands y todos nuestros títulos. Y en el marco de la feria habrá dos paneles de lecturas y presentaciones confirmadas:

El viernes 13 de septiembre a las 19, será el lugar de: **Un rayo en el mundo de Mariana Bolzán**; **Con la boca llena de flores caídas de Rocío Lanfranco**, y **Retablo de Graciela Chisty**.

Y el sábado 14 a las 19 será el turno de: **La noche iluminada de Silvina Pugliese**; **Crónicas de un heavy metal de César Luis Penna**; y **Una segunda oportunidad de Manuel Londero**.



MadreSelva
CASA DE ARTE

UN ESPACIO DONDE EL TIEMPO ES
TU MEJOR AMIGO.
DONDE LOS COLORES TE INVITAN
A JUGAR. DONDE EL AZAHAR
FORMA PARTE DE TU EXISTENCIA.
Y DONDE EXISTIMOS SIENDO UNA
GRAN RED DE AMIG@S.

📍 José Rodó 663 - Esq. Casacuberta

☎️ 📞 0343 - 154156935



MadreSelva Taller de Arte



Aliso
imprensa

EDITORIAL
ana

Cuyas y San Pérez, Paraná, Entre Ríos
Teléfonos 3434595738/3434283270
Facebook: Aliso Imprensa

Ana Editorial es una idea de
Pablo Felizia y Nicolás Tavella
Teléfono: 3434595738/3415810734
Facebook Ana Editorial
www.anaeditorial.com.ar



CULTURA ENCENDIDA

VACACIONES DE INVIERNO
2019

> **VIEJA USINA (GREGORIA MATORRAS 861)**

Kermés de juegos y recitales de bandas infantiles

Puestos lúdicos, expresivos y culturales /

Talleres artísticos y juegos cooperativos

Jueves, viernes sábado y domingos

A PARTIR DE LAS 16 HS

> **CASA DE LA CULTURA (CARBÓ Y 9 DE JULIO)**

Casa Tomada por Payasos

Orquestina de payasos / Teatro de payasos

Lunes, martes y Miércoles

A PARTIR DE LAS 15 HS

ENTRADA LIBRE Y GRATUITA



enterrios
GOBIERNO